

BOLETÍN

DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA



La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Hotel de la *Institución*.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO XXX.

MADRID, 31 DE DICIEMBRE DE 1906.

NÚM. 561.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

La enseñanza de la Gramática, por *D. Miguel de Unamuno*.— El movimiento psicológico y pedagógico (conclusión), por *M. Eugenio Blum*.— Revista de revistas, por *D. D. Barnés y D. F. Rivera*.—Sumarios de revistas pedagógicas

ENCICLOPEDIA

Guillermo Tiberghien (conclusión), por *M. Leon Leclère*.

INSTITUCIÓN

Nota de Secretaría.— Extracto del acta de la Junta de accionistas.—Libros recibidos.—Correspondencia.

PEDAGOGÍA

LA ENSEÑANZA DE LA GRAMÁTICA

por *D. Miguel de Unamuno*.

Rector de la Universidad de Salamanca (1).

Héme aquí de nuevo en mi pueblo, en mi casa; no digo entre los míos, sino más bien entre aquellos de quienes soy.

Invitado por el Ayuntamiento de este mi pueblo á dar una conferencia, habiendo de ser ella de carácter pedagógico y estando encargado yo desde hace un par de cursos de enseñar la Historia de la lengua castellana, se me presentaba desde luego y naturalmente el asunto.

(1) Conferencia dada en Bilbao en 11 de Agosto de 1905, con ocasión de la Exposición Escolar.—Véase los números 558 y 559 del BOLETÍN.

¿De qué había de hablar mejor que de la enseñanza del lenguaje nacional? Y no he de hacer ningún género de disertación para encareceros la importancia del lenguaje; si yo no creyese que todos estabais convencidos de ello, hablaría de otra cosa.

El lenguaje es, sin género de duda, el principal órgano creador. El Génesis cuenta que Dios creó el mundo con su palabra, y luego nos dice que la primera lección que dió al primer hombre fué traerle todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo para que las diese nombre.

Lo más del tiempo, del esfuerzo intelectual y de la energía vital que emplea el hombre en sus primeros años, es para aprender á hablar.

A mí y á muchos, al tratar de este punto, se les ocurre que, á la pregunta de «cómo se aprende á hablar?» no hay otra contestación que «cada uno sabe cómo él lo ha aprendido; de esa misma manera».

Mientras un pueblo no conoce ó no da importancia más que á su propio lenguaje, jamás se le ocurre hacer una Gramática de él.

La primera Gramática de que la Historia nos da cuenta, fué hecha en la India, y cuando la lengua sánscrita era ya una lengua muerta, una lengua litúrgica.

La primera Gramática que se hizo fué para enseñar una lengua muerta, una lengua que no se hablaba hacía siglos tal vez. Y si luego, corriendo los siglos, pasamos al pueblo romano, nos encontramos con que las primeras Gramáticas las hicieron los pedagogos griegos para preparar á los romanos al estudio de la lengua griega, de una lengua extraña.



Y entre nosotros, en España, es sabido de todos que la más antigua Gramática castellana es la de un latinista, la de Nebrija, el cual la escribió para preparar á los jóvenes al estudio del latín; y como la escribió para prepararles al estudio del latín, acomodó el tecnicismo castellano al de la lengua latina de tal modo, que cuando se encontró, pongo por caso, con tres formas distintas castellanas que no eran traducibles más que con una sola forma latina, las metía en una misma categoría.

De aquí, el hecho de haber metido en una misma categoría, traducida del latín—la del pretérito imperfecto de subjuntivo—á tres formas tan distintas como son: *amara, amaría y amase*, confusión que parece justificar la que aquí popularmente se hace entre las dos primeras formas, diciendo: «si yo tendría», en vez de «si yo tuviese».

Lo mismo sucede con el tiempo llamado pretérito perfecto de indicativo, en el que se dice: «le he visto» y «le ví», como si fuesen la misma cosa.

¿Qué resultaba con eso? Que no se hacía sino una traducción de categorías muertas, una obra puramente clasificativa, sin espíritu ninguno de explicación, y esto es lo que más ha cundido á la enseñanza, lo cual no debe sorprendernos ni poco ni mucho.

El último refugio del paganismo, cuando ya iba desapareciendo de toda la vida social, fué la escuela de instrucción primaria; en plena era cristiana, continuaban todavía las tradiciones paganas, refugiadas en la escuela de primeras letras.

Lo mismo sucede aquí. Cuando llevan camino de desaparecer por completo aquellas horribidas obras puramente clasificativas: cuando desaparezca por completo esa Gramática, continuarán los maestros enseñándola en las escuelas de instrucción primaria, y será un verdadero tormento de las generaciones futuras.

Y no os quepa duda: esa desgraciada Gramática que se enseña en las escuelas es una construcción meramente ideológica, que enseña tanto á hablar como la fisiología enseña á respirar.

Es una cosa que desde el principio atormenta con definiciones ociosas; y acaso sea

la más exacta definición de la Gramática la de aquel muchacho que al preguntársele «¿qué es Gramática?» contestó: «ese libro que está ahí».

En torno de ella se han reunido una porción de cuestioncillas inútiles, de cosas que son verdaderos quebraderos de cabeza, sin ulterior trascendencia; cuestioncillas que son—aplicaré una palabra que todos vosotros, los bilbaños que me escucháis, conocéis bien—verdaderas *sinsorgadas*.

Y así se discute aquello del verbo único, lo de si hay ó no artículo en latín, y otros no menos graves problemas, que á las veces llevan á las gentes á enredarse en cuestiones y rencillas, como es la de saber si tal ó cual forma de hablar es una lengua ó un dialecto, distinción que no tiene valor alguno: todo por poner motes á las cosas. Y esto sucede así por una concepción falsa de la ley. Se nos ha hecho creer que la ley es algo distinta de los fenómenos, algo que está fuera de ellos; y es como si pretendiéramos explicar el movimiento de un cuerpo celeste, diciendo que hay una cosa, que es la órbita, por la cual marcha el cuerpo.

Dada la forma de concebir por algunos la ley, nada de extraño tiene la pregunta que se me hizo y que voy á contaros. En una ocasión, me decía cierto sujeto: «Diga usted, ¿el vascuencetiene Gramática?» «Hombre, antes de contestarle, le voy á hacer otra pregunta, le repliqué: el ornitorrinco ¿tiene fisiología?»

Todo esto es una de las consecuencias que trae consigo la concepción absurda de la ley; y el solo hecho de imaginarse que haya una lengua sin Gramática, nos da idea exacta de lo perjudicial y nocivo que es el sistema de clasificación, cuando no tiene el fin ulterior de explicar las cosas clasificadas y su proceso, pues entonces no es sino una labor muerta, que no sirve más que para estropear la enseñanza.

Esa manía de clasificarlo todo, los hombres, las cosas, etc., parece—y es—absurda; es algo así como si fuéramos insectos, para después atravesarnos con un alfiler el coleto y colocarnos en una caja de entomología con un mote á las espaldas.

«¿Ese señor, qué es?» He aquí una pregunta horrible.





A veces ocurre, en esta manía de clasificar, que hay cosas que se quedan fuera de las clasificaciones; tal como sucede en los catálogos de las bibliotecas, en que, después de clasificar los libros por distintos conceptos, hay una sección llamada «Varia», «Miscelánea» y en algunos casos «Extravagante», á la que se llevan tratados del juego de ajedrez, libros de cocina y todo lo que no se sabe dónde ponerlo.

Y ahora recuerdo una vez, en que cierto sujeto, después de hablarme largo, me preguntó: «¿Y usted, qué es?» Y yo le contesté: «Póngame usted en eso, en Miscelánea ó en Extravagante».

Y es ello todo un clasificar por clasificar, para, luego de clasificado, no hacer nada de la clasificación.

Es como si una persona tuviera en su despacho las sillas numeradas, ó rotuladas con letras del alfabeto. Otro cualquiera, al verlo, se dirá: «Para algo las tendrá así». Pero si luego este otro ve que el dueño de las sillas usa indistintamente de una ó de otra, sin fijarse para nada en el número ó en la letra, se añadirá: «este hombre no está cabal».

Exactamente lo mismo sucede aquí, con este librito que traigo, titulado *Epítome de Analogía y Sintaxis de Gramática castellana* para la primera enseñanza elemental, por la Real Academia Española; uno de los libros más nocivos que se han escrito en España.

En él se dice: «¿Qué es Gramática de una lengua? El arte de hablarla con propiedad y escribirla correctamente.»

Después se pasa adelante y se encuentra uno, v. gr., con lo siguiente: «¿Cuántos y cuáles son los géneros? Seis: masculino, femenino, neutro, epiceno, común de dos y ambiguo».

Pues bien, ¿creen que el niño ha de usar con más ó menos propiedad los comunes de dos, ó neutros, epicenos ó ambiguos, masculinos ó femeninos, por saber cómo los llaman? No; no habrá ninguno que equivoque los géneros, si ha aprendido el castellano; y no dirá, por lo tanto, «esta mesa es bueno», sin que para ello le sea menester saber que á la forma ésta llaman masculina.

Pero hay una cosa más ñoña aún. Hay aquí una clasificación de los apelativos ó de

los nombres, dividiéndolos en primitivos y derivados, verbales, simples y compuestos, colectivos y partitivos y, por último, en aumentativos y diminutivos. «¿Cuáles son los nombres simples? Los que constan de una sola palabra, como *boca, hora*.—¿Cuáles son los compuestos? Los que constan de dos ó más palabras, como *bocamanga, enhorabuena*.»

Y en hora buena ¿cree nadie en serio que el aprender si á una palabra ha de clasificársela como simple ó compuesta, primitiva ó derivada, colectiva ó partitiva, enseña á nadie á usarla con mayor corrección y propiedad? ¿Cree nadie que así se aprende á hablar bien? ¿No se ve bien claro que todo ello no es sino clasificar por clasificar, sin ulterior validez de la clasificación?

Todo esto me recuerda aquel famoso pasaje del *Fausto*, en que, dirigiéndose Mefistófeles á un estudiante, compara la fábrica de los pensamientos con un telar en que se hace de mil hilos una trama, lanzando acá y allá la lanzadera, y le dice: el filósofo os prueba que debería ser así; que esto es lo primero y esto otro lo segundo, y luego lo tercero, y después lo cuarto; y que si no fuera lo primero y lo segundo, no sería ni lo tercero ni lo cuarto; esto lo aprenden los discípulos, pero no se hacen tejedores. Así aprenden los niños la Gramática; pero no, por ello, á hablar con corrección y propiedad.

Y aquí en este libro, en este extraordinario librito, hay cosas más peregrinas aún, verbigracia: «¿Por qué en el genitivo del singular del pronombre *él* no decimos *del*, como en la declinación del artículo *el*, ni en el acusativo decimos *al*, sino *á él*?» Respuesta: «Porque el pronombre *él* se pronuncia siempre con mayor fuerza que el artículo *el*, y no debe, por lo tanto, formar una sola palabra con la preposición.»

La Gramática grande, la no epítome, es decir, la peor—por ser la que tiene más cantidad de malo—, dice que en castellano todas las palabras tienen acento; es decir, que la tal Gramática está escrita por sordo-mudos, pues quien tenga oído advertirá al punto cuán grosero es ese error. Y es que la lengua viene enseñándose con la vista, y de



aquí los ineficaces resultados de su enseñanza. Es el oído, y no la vista, el que nos dice si una palabra tiene ó no acento, y quien le tenga sano advertirá que, al decir *el vino*, juntamos el artículo *el* á la palabra *vino*, pronunciándolo como si fuese una palabra trisílaba llana: *elvino*; mientras que al decir *el vino* las separamos; y esto, independientemente de que se pinte ó no el acento. La Real Academia Española parece ignorar la existencia en castellano de palabras átonas, sin acento, que son, ya proclíticas—como el artículo, las preposiciones, varias conjunciones, etc.—si se apoyan sobre la palabra que les sigue, ya enclíticas—como los pronombres sufixados *me, te, se, le, nos, os*, etc.—si se apoyan en la precedente. Es, pues, la suya, una Gramática escrita por sordos.

Recuerdo, á este propósito de la sordera, que en cierta ocasión recibía yo las pruebas de un trabajo mío que se estaba editando, y en el cual, como en todos los míos, quería mantener mi criterio anti-académico en punto á ortografía, haciéndola lo más acomodada á la lengua que se habla. A las segundas pruebas, el regente de la imprenta, creyendo, sin duda, que las letras que yo suprimía—alguna *p* de Setiembre ó cosa así—era por equivocación, debió decirse: «Este señor se distrae», y puso al margen: «¡ojol!» Cogí el lápiz, le taché su ojo, y puse encima de él, á mi vez: «¡oídol!»

Con los ojos, y ello mal, y no con los oídos, se ha trabajado este librito. Sigamos con él.

Habla en otra parte de la sintaxis, dividiéndola en regular y figurada. La sintaxis regular dice que enseña la debida colocación de las palabras en las oraciones, según principios generales; y la figurada permite alterar este orden, á fin de dar más vigor y elegancia al lenguaje.

—¿Quiere usted poner un ejemplo?

—Sí, señor. Es sintaxis regular la que se observa en el siguiente período: «Las solícitas y discretas abejas formaban su república en las quebras de las peñas y en los huecos de los árboles»

Y se emplea la sintaxis figurada, diciendo como Cervantes: «En las quebras de las peñas y en los huecos de los árboles forma-

ban su república las solícitas y discretas abejas.»

Es decir, que la primera está compuesta según principios generales, y la otra debe de estar descompuesta y fuera de orden. Lo que me recuerda el efecto que me producía, siendo yo estudiante de latín, aquello del hipérbato n.

No veo de dónde pueda sacarse una idea general de orden, al respecto; cada cual tiene su manera de ordenar su pensamiento, y según el caso, siguiendo la asociación de ideas. El orden natural no es ese que se llama orden lógico, y que en parte nos es impuesto por deficiencias del lenguaje mismo; el orden natural es el que sigue el curso libre de la asociación de ideas. †

Y dentro ya de la lógica, como monumento de ella, este Epítome de la Real Academia es inapreciable. Me decía un día un extranjero, hablándome de él, del desdichado Epítome: «Pero, señor, ¿ha visto usted la confusión que arman estos señores al tratar de los verbos irregulares?» Y hube de responderle: «La cosa es sencilla; se empeñan en clasificar los verbos irregulares, en vez de atenerse á clasificar las irregularidades de los verbos». Y como lo que llamamos irregularidades de los verbos son consecuencias de unos cuantos principios, ya de etimología, ya de analogía, es decir, ya de herencia, ya de adaptación, empeñanse en clasificar las combinaciones binarias y aun terciarias de esos principios, en vez de dar cuenta de ellos. Y así, el verbo venir, por ejemplo, diptonguiza su *e* temática en *ie* en los casos en que lo hacen otros muchos (sentir, querer, etc.); hace su futuro como tener, valer y otros, y recibe una *g* en el subjuntivo (venga), como la reciben estos mismos y caer, traer, etc. Y ha de figurar en una clase con los que reúnan las mismas tres condiciones.

La consecuencia de tal método ha sido el horrible empirismo en que no poca gente ha malgastado su ingenio en discusiones absolutamente bizantinas, como son la mayoría de las de los gramáticos á la antigua usanza.

Todos los que sientan curiosidad por estas materias recordarán las veces que se ha





promovido la famosa cuestión del *le* ó *la* del dativo femenino. Y siempre se trata el asunto fuera del terreno histórico.

Juegan en la lengua, como en todo organismo, dos fuerzas, una de herencia, que es en este caso la etimológica, y otra de adaptación, que es la analógica. La forma *le*, derivada de la latina *illi*—que tiene una sola forma para los tres géneros—es la etimológica, la hereditaria, y la forma *la* es la analógica, la adaptativa. Y así resulta que se hallen las dos en conflicto de uso.

Háse querido defender el estudio de esa Gramática puramente empírica y formal como trabajo de gimnasia de la mente; y, aun considerándola así, hay que convenir en que tal Gramática, como la gimnasia misma, podría servir para corregir ortopédicamente deformidades en casos dados; mas para los niños, tan fatal la una como la otra. Es juego, y no gimnasia, lo que los niños necesitan.

Y resulta que lo primero que se enseña á los niños es lo más difícil: la Gramática y el Catecismo. Ambas son las dos cosas más complicadas que se pueden enseñar; y en cambio, se difiere para cuando sean mayores—y hasta parece extraño que se les enseñe en la escuela de primeras letras—la Física, la Química, la Historia natural, disciplinas mucho más sencillas, como es siempre más sencillo lo que procede de la naturaleza que no lo que se acerca á la sociedad humana, que es el último resultado y como la conclusión de la naturaleza.

Muchos son los métodos propuestos para facilitar el estudio de la Gramática; pero todos ellos son malos, y alguno de ellos detestable, como ese de los árboles sinópticos, de que he visto algún desdichado modelo en esta Exposición.

Y es que, en tratándose de métodos, como en general de cuanto á pedagogía se refiere, se da una importancia exagerada, y hasta absurda, al cómo debe enseñarse, y no se tiene en la debida cuenta que lo importante es qué es lo que se debe enseñar. Me decía en cierta ocasión un profesor de lenguas castellana y latina: «Con el sistema que empleo, obtengo resultados magníficos»; y como lo pusiese en duda, me aplazó el de

mostrármelo para cuando se examinasen sus alumnos. Y fueron, en efecto, al examen y respondieron los muchachos con gran precisión á cuantas preguntas el profesor les dirigía; y volviéndose á mí, me dijo éste: «Y ahora, ¿qué dice usted?» «Digo, le contesté, que estos muchachos han aprendido muy bien lo que usted quiso que aprendieran; pero eso que usted les ha enseñado y ellos lo saben tan bien, no les sirve para nada».

Y así, con tales proceder, sin descender al fondo de lo que se enseña y á su valor, quedándose en lo formal, no se consigue sino extender la rutina, ya en su forma antigua, ya en la moderna, pues no sé si no son los peores rutinarios y los más rutinarios los que, combatiendo la rutina de ayer, están fraguando la de mañana.

Y viniendo á la enseñanza de la lengua, hay que convenir en que se nos presenta el problema con una sencillez maravillosa. ¿Cómo se aprende á hacer las cosas? Haciéndolas. ¿Y cómo se ha hecho la lengua? Lo mismo que sigue haciéndose.

El gran paso que hizo dar Lyell á la Geología consistió en hacer ver que la forma actual de la Tierra ha si lo producida por la labor de las causas que siguen trasformándola, aunque lentamente. Y lo mismo ocurre con la lengua. Ha llegado á la forma actual, en virtud del proceso mismo que sigue modificándola en boca del pueblo. La ley de la lengua no es ni puede ser una cosa estática, como es la Gramática.

La lengua evoluciona, obedeciendo á la ley general de economía, á una ley de máximos y mínimos. Se trata de obtener la mayor claridad y la mayor fuerza posibles de expresión, con el menor esfuerzo.

Hay gentes que se fijan demasiado en la etimología, ignorando que, junto á la tendencia etimológica ó hereditaria, hay la analógica ó adaptativa, y que hay muchedumbre de formas que no tienen justificación etimológica. Así, las formas *haiga* y *vaiga*, que pasan por incorrectas gramaticalmente, tienen dentro del proceso lingüístico la misma razón de ser que *caiga* y *traiga*, que tampoco son formas etimológicas.





La lengua literaria ha adoptado unas y no otras, sin honda razón para ello. Hablando en broma, se suele decir «comestibles y bebestibles», y esta forma burlesca, formada por analogía con la otra, no es menos legítima que la voz «meridional», formada por analogía de «septentrional»; pues si *septentrionalis*, *meridies* no pudo dar nunca, etimológicamente, *meridionalis*.

Este proceso analógico es frecuentísimo. Personas hay que llaman al seminario el *desaminario*, y si son más redichas, el *examina rio*, suponiendo que se le llama así por ser el lugar en que se examina ó *desamina*. En el castellano mismo literario, tenemos la voz «altozano», que etimológicamente debió ser «antozano», y á la que se le cambió la primera *n* en *l* por creerse que ese nombre tiene algo que ver con «alto».

Y así vemos que la lengua admite con el tiempo modificaciones, ya analógicas, ya fonéticas. La etimología no tiene sino un valor muy relativo; y con tal que un vocablo tenga un sentido preciso, el mismo en cada caso, y el mismo para todos, importa poco que coincida ó no con su sentido etimológico.

Cambiando y modificándose, es como la lengua castellana va haciéndose española. Se llama á la lengua nacional «castellana», porque le sirvió de núcleo primitivo el dialecto romance de Castilla, al que se incorporaron pronto el leonés y el aragonés, prestándoles formas, sobre todo aquél.

No hay mayor absurdo que el de querer hacer de una lengua algo estático. La verdadera estabilidad de una lengua es el principio de continuidad y que no haya solución de ella en su proceso.

Es preciso proscribir este estudio meramente formal y meramente clasificativo de la lengua, y procurar favorecer la evolución natural del idioma. No es de formas, sino de materia informable de lo que se necesita, y en el niño es más necesario darle léxico, que no enseñarle estérilmente á declinar y conjugar. Nuestra pedagogía abusa de las formas; provee á los muchachos de moldes para quesos de todas formas y tamaños, mas como no se les da leche para hacerlos, los tales moldes de nada les sirven. Tuvie-

ran abundante primera materia con que hacerlos, y los harían, á falta de moldes, á mano.

Y á la vez que el maestro enseña la lengua, no la Gramática, debe ir las aprendiendo del pueblo en que viva. Yo recomiendo á todos los que conozco que se dediquen á estudiar el lenguaje popular, y no para despreciarlo ni para pretender corregirlo sin ton ni son y pedantescamente. En los catorce años que llevo de residencia en la provincia de Salamanca, me he ocupado en ir formando un inventario de las voces, frases, giros y dichos del habla de aquella región.

Y recuerdo á este propósito, que, estando de excursión en un pueblecillo, hubieron de decirme que allí decían *uñir* por «uncir», y el maestro, que estaba presente, arguyó que aquello no era sino un disparate. «¿Sabe usted latín?»—le pregunté—, y al decir que un poco, pues había sido seminarista, añadí: «pues bien, la voz *jungere*, al pasar al castellano, pierde la *j* inicial, como la pierden *januarium*, que hace Enero, *juniperum*, que hace enebro, etc., y la *ng* se convierte en *ñ*: *cingere*, *plangere*, *tangere*, dan ceñir, plañer y tañer, y así *jungere* da *uñir*; ¿ve usted, cómo es usted, y no ellos, quien disparata?»

Me preguntaba en cierta ocasión un sujeto: «diga usted: esta palabra, ¿está bien dicha?» «¿De dónde es usted?»—le pregunté— y él me contestó: «de Sanabria». «¿Y en Sanabria—le dije—la emplean todos?» «Sí, señor—replicó.—Y yo: «pues entonces es buen sanabrés, y basta».

Hay que hacer, lo repito una vez más, con el castellano y sobre él, la lengua española, sin que ninguna región de la península pretenda el monopolio del casticismo de la lengua común.

Y es que en eso del casticismo hay algo más hondo que la lengua misma y que trasciende á ella. Os invito á que os fijéis en qué clase de personas son las que propugnan el casticismo del idioma y exaltan el estudio de nuestros clásicos del siglo xvii, y observaréis que son gente que sabe bien que no cabe expresar con lengua del siglo xvi ó xvii conceptos del xx.

Y no es menor absurdo el de pretender

que hablemos todos exactamente lo mismo, la misma lengua.

Aquí, en este país, se presenta la cuestión clara.

He heredado de mis abuelos un arco de flechas, ó á lo sumo, una antigua espingarda; pero llegado el momento en que me convenzo de que con ella no puedo pelear contra los que se me vienen armados de mausers, de armas modernas y mejores, deajo en casa, cuidadosa y veneradamente guardada como una reliquia, el arma heredada y compro un mauser también yo. Pero ahora viene la segunda parte, y es que una vez dueño de mi mauser, de un arma igual al arma con que se me vienen, la manejo á mi modo y la disparo apoyándola en la rodilla ó en el hombro izquierdo, si es que soy zurdo. Y no se me vengan queriendo imponerme un manejo especial, ni aun el de quien inventó el arma, que no por haberla inventado ha de ser quien mejor la maneje. Y aquí tenéis una defensa, si quiera parcial, del *chapurrado*, cuando es espontáneo, y no forzado.

¿Cómo se modificó la lengua latina para dar el romance castellano? Los soldados romanos que trajeron á España el latín se encontraron aquí con distintos pueblos que hablaban distintas lenguas; y al relacionar á éstos entre sí, les dieron una lengua común en que todos se entendiesen. Y al recibir el latín gentes que hablaban otras lenguas, empezaron seguramente por *chapurrarlo*, según la índole de su propio idioma, y de este chapurrado acabó por surgir el romance castellano. El latín se impuso por sí mismo, por ser superior á los idiomas indígenas, y por ser un habla que servía para todos. Cuando de aquí fué, no ha mucho, una Comisión de regionalistas á Barcelona, tuvieron que hablarles en castellano, lengua común á vascongados y catalanes, pues éstos no han de entenderse unos con otros ni en vascuence ni en catalán.

Esto del chapurrado como origen de honda modificación de una lengua, tiene aquí importancia capital.

En las pasadas generaciones de este nuestro pueblo, encontrábanse individuos que hablaban el castellano de una manera torpe

y poco correcta, ó por lo menos pobre. Siendo yo niño, el castellano de Bilbao era un castellano, si no tan incorrecto como se creía, por lo menos pobre. Y esta poca destreza en manejar el idioma, y el temor de que se burlaran de sus «concordancias vizcaínas», ha sido acaso una de las causas que más han contribuido á engendrar, ó por lo menos á corroborar, uno de los rasgos más característicos del modo de ser del vascongado: su extrema vergonzosidad, su timidez social.

Personas de un valor probado cuando se trata de afrontar peligros de la naturaleza ó la ira de los hombres, pónense de siete colores cuando han de producirse en sociedad, ó cuando hablan con persona á la que suponen conocedora del idioma.

Es preciso perder esa vergonzosidad y hacernos noblemente desvergonzados, aprendiendo á hablar con toda libertad.

Esa vergonzosidad ha hecho que este pueblo haya sido, en la vida de la cultura, un pueblo mudo; mudo, con todos los inconvenientes, sí, pero también con todas las ventajas de la mudez, un pueblo mudo,

«corto en palabras, pero en obras largo»,

como dijo de nosotros Tirso de Molina; un pueblo que, no habiendo sabido hablar, ha obrado, y á falta de Homeros ha tenido Aquiles. Y mientras nuestro pueblo vecino contaba y celebraba las hazañas de Don Quijote, el espíritu quijotesco se refugiaba aquí entre nosotros.

Mas se hace preciso que rompamos á hablar con tranquilidad, sí, pero sin género alguno de vergüenza, defendiendo nuestro espíritu con el arma que ellos nos han dado, aunque manejada á nuestro modo.

—«¡Qué castellano!»—exclamaba un sujeto que oía chapurrar á un vizcaíno—; y yo que se lo oí, le contesté: «Excelente para manejado por un vizcaíno, y de ese castellano puede salir algo».

Podrá decirse que el chapurrado nos llevaría á crear un dialecto vizcaíno del castellano. No lo creo; aunque algo análogo ha sucedido en Escocia, donde el gran poeta nacional Burns cantó, no en la vieja lengua céltica de los antiguos escoceses, sino en



un dialecto del inglés. Y con éste ha expresado el alma de su pueblo. Y en otro pueblo hermano del escocés, el bretón, cuando queráis oír á los voceros de su espíritu, no los buscaréis entre los artificiosos cultivadores de su antiquísimo idioma céltico, sino en hombres como en Chateaubriand y Lamennais, ó como el gran Ernesto Renan, que ni en creencias congeniaba con sus paisanos: en escritores en lengua francesa.

El modo de hacer que aquí prenda y se desarrolle la lengua castellana, nuestra lengua ya, es dejarla hablar espontáneamente. Y en las escuelas hay que promover su empleo espontáneo y libre, dejando que cada niño se forme su estilo y sin empeñarse en cohibirle la libre expresión para sujetarla á un idioma coercitivamente uniforme.

Este es un mal de nuestras escuelas. No tenéis sino coger los libros que en ellas se da para lectura de los niños. Producen un efecto deprimente. Ayer mismo tomé en la mano, en la Exposición Escolar, uno de esos libros, y las primeras palabras que en él leí, las palabras con que su prólogo empezaba, eran éstas: «Amados niños.» Y lo dejé, diciéndome: «¡Amados niños!... ¡amados niños!... ¿pero ignora este señor que amado es ya una palabra muerta en castellano? ¿Ignora que si un joven dice á su novia *te amo*, ésta le volvería la espalda por ridículo? *Te amo* no se oye ya sino en el teatro, en italiano y con música».

Son verdaderamente deplorables los tales libros para la lectura de los niños.

Hay personas que se imaginan que para hablar con los niños es menester infantilizarse, como hay padres que creen es preciso imitar la lengua de trapo de los niños pequeños para ser por ellos entendido. Y es un grave error; el niño oye bien lo que oye, aunque no acierte á reproducirlo con exactitud. Y á este respecto recuerdo un niño que llamaba á la manteca *maqueca*, á pesar de lo cual, cuando sus padres la llamaban como él, *maqueca*, protestaba airado y hasta llorando, diciendo que no se llamaba así, sino *maqueca*. Y no acertaba por su parte á decirlo.

Ocurre con esto algo análogo á lo de chapparrar el castellano cuando se habla con un

extranjero, creyendo ser así mejor entendido. No; para uno que empieza á estudiar un idioma extraño, son más inteligibles los escritores más clásicos y más puros.

Y hay, aparte del lenguaje, en esos libros de lectura para la niñez, unos cuentos verdaderamente ilegibles por lo ñoños, cuentos sin espíritu ni gracia.

Los niños deben leer lo mismo que leen los mayores, sin más que el saber escogerlo.

En la aventura de los cabreros dirigióse Don Quijote á éstos, hablándoles sin la preocupación de ser por ellos entendido, ni de ponerse á eso que llamamos su nivel, de la manera más elevada. Y le entendieron, ¡vaya si le entendieron! Y es que hay pocas cosas peores que eso que llamamos ponerse al nivel de aquellos que nos escuchan, desconfiando de que ellos no puedan ponerse al nuestro. Siempre, por mi parte, he creído que hablando yo de la plenitud de mi corazón, como la palabra me viene á la boca, seré siempre entendido; y de hecho he visto que siempre se han puesto á mi nivel los que me han oído, cuando yo no me he cuidado de ponerme al suyo. (*Grandes aplausos.*)

A los niños se les debe dar á leer, repito, las mismas cosas que los mayores leen, sin más que bien escogidas. ¿Qué inconveniente hay en que los niños lean en España á Cervantes, á Calderón, á Santa Teresa, á Fray Luis de León, á Jorge Manrique, á Quintana? Se dirá que exceden de su alcance. Y el decir esto y darles lo que se les da, es como si ante la pobreza de las gentes nos dijéramos: «Esta pobre gente necesita dinero; pero el oro puro es demasiado para ellos: démoselo mezclado con plomo». Y se les daría una onza de oro mezclada con muchas de plomo, y sería mejor darles una sola de oro puro antes que ciento así depreciadas. Hay que dar oro puro, aunque sea en proporciones modestas, y con ese oro puro del arte excitar la imaginación infantil.

Porque la imaginación es la verdadera facultad maestra del espíritu, la que ha producido, no sólo el arte y la poesía, todo lo que consuela al hombre de haber nacido, sino que ha producido la ciencia misma, que





facilita la vida. Ni se puede ni se debe proscribir la imaginación.

Me apesadumbra el oír que es la imaginación lo que nos ha perdido: pues lo cierto es que no son más ricos en frutos de la tierra esos pardos campos de barbecho y de seco que por ahí dentro vemos, que lo son en frutos del espíritu las imaginaciones españolas.

Llámase aquí, por lo común, imaginación á la facundia, á la memoria de palabras, á la facultad de repetir gracias oídas; y abundan los que son capaces de colocar á su tiempo cualquiera de las metáforas del común acervo y se mueren sin haber parido una sola metáfora nueva.

Es preciso, pues, cultivar la imaginación, es preciso en todas partes cultivarla; es necesario cultivarla aquí, donde un cierto ambiente social tiende á imbuir en las gentes el deseo de no desentonar, de no salirse de la línea media, de no pasar por extravagante, lo cual podrá tener sus ventajas, pero es, indudablemente, un mal muy grande.

Antes de venir á este mi pueblo, hace pocos días, allá en Salamanca, leía uno de los prólogos de Menéndez y Pelayo á la *Antología de poetas líricos castellanos*, prólogo en que hablando de *El Rimado de Palacio*, del canciller Pero López de Ayala, dice que éste es el único escritor de genio que hasta la fecha—escribía esto el Sr. Menéndez y Pelayo en 1892—han producido las regiones vascas. Y añade que la tendencia didáctica de su poema le hace caer en cierto prosaísmo ético y pedagógico, que parece característico de la *honrada* poesía vascongada, tal como lo vemos en Samaniego y en Trueba. Me paré ante este calificativo de *honrada* que asigna á la poesía vascongada el ilustre santanderino, considerando que el llamarla así es algo como llamar simpática á una muchacha ó hablar de las elegantes virtudes que adornan á tal ó cual santo. Y entonces, del fondo de mi alma surgió una voz de protesta que me hizo decirme á mí mismo: «¿*Honrada* la poesía vascongada? Voy á ver si logro deshonrarla algo».

Hay una palabra que expresa semejante honradez, y es palabra que los bilbaínos que me escuchan comprenderán bien: la tal honradez no es sino *chocholerta*.

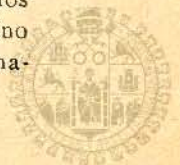
Y si á esto se agrega las consecuencias deplorables que trae consigo el rápido crecimiento de la riqueza de este pueblo, y cierto practicismo que trae consigo y que puede convertirse en materialismo—aun en los que se creen espiritualistas y materializan el espíritu—nada debe extrañar que cuantos queremos á este nuestro pueblo pongamos nuestro conato en que recobren el arte y la poesía la supremacía que les corresponde.

Hace unos años pedí la colección de cierto semanario que se publicaba en esta villa, defensor de unas muy ruidosas doctrinas. Y recuerdo que recorriendo sus páginas me encontré con cierta poesía de un navarro, que por lo patriótica—en el sentido de la patria vascongada—publicaba el semanario. Ensalzábala por lo de patriótica, mas añadiendo, respecto al arte mismo de la poesía, verdaderas enormidades, que me apenaron el ánimo, considerándolo como algo en sí insignificante, si es que no despreciable, y que sólo tiene valor aplicado á servir al patriotismo.

Combatir así la poesía pura y quererla sujetar á ser esclava de otra cosa, es cosa que sólo puede ocurrírsele á un sectario. Sólo para el sectario es la poesía, y el arte en general, algo que debe ponerse al servicio de otra cosa sin valor sustantivo. Para el sectario, á nada práctico conduce lo que no conduce al triunfo de su estrecha causa. Y es que la causa principal del sectarismo es la falta de imaginación. Es sectario todo el que es incapaz de imaginarse las cosas como se las imagina otro que no él.

Y en ninguna parte se puede en Bilbao predicar contra la pobreza de imaginación y su consecuencia el sectarismo, mejor que aquí, en este salón, en este templo de refugio contra la barbarie, en esta casa hecha para el culto á la música y á las artes. Aquí es donde mejor cabe proclamar cómo lo lo nos hace falta es poesía, poesía y poesía.

Todo lo que en España se predique en este sentido será, por mucho que se predique, siempre poco. No creo que sepamos mucho menos que los demás pueblos, sino que creo que es por haber avivado su imaginación por lo que nos superan.



Acudid á la Exposición escolar que se está celebrando; y, desde luego, echaréis de ver la falta de gusto, de una parte, la ausencia de objetos de arte, de poesía, por otra. Y veréis cómo abundan en ella esos horribos bordados en realce que tan reveladores son del característico mal gusto de nuestras mujeres. Estarán mejor ó peor hechos, con ese primor de ejecución que no es sino destreza chinesca, pero carecen de sentido estético.

Yo espero que esto cambie; y por lo que hace á este mi pueblo, veo que va cambiando. Hay aquí progreso al respecto. Aun cuando vivo hace años fuera de este mi pueblo, es, por ser el mío, el que más me interesa; sigo con atención y ansiedad de hijo su desarrollo y observo que, debajo de estas rudas, de estas á menudo innobles luchas que lo desgarran, debajo de esa barbarie á que el sectarismo lleva á unos y á otros, debajo de cierta ostentación, no siempre de buen gusto, vive, se desarrolla y crece cierto núcleo de honda espiritualidad; y observo que, bajo este rudo caparazón bélico, se está formando un espíritu que me hace concebir esperanzas de un porvenir elevado y noble, de un porvenir de alta idealidad.

Sí, aquí hay un porvenir para el arte, hay ya un presente para la música y la pintura, y habrá un sitio mañana para la poesía, expresada por la palabra. Así lo espero.

Hace pocos días, recorría con unos amigos la cima de Archanda y hablábamos de todo esto, mientras contemplaba este Ensanche, fruto del progreso material de este mi pueblo, pero que para mí es como la tumba ornamentada de las estradas de Albia, y lo que entonces pensaba os lo diré ahora.

Señores: Espero que un día, como sello de cultura, se imponga aquí y en toda España y reine en la América española, la lengua de Cervantes, y en ella demos á los demás la poesía de nuestro espíritu. Y si entonces llegara á cumplirse mi más grande anhelo, si logro entonces, tras una vida de lucha, que no rehuyo, venir á este mi pueblo á descansar de mis combates y á que mi cuerpo halle cama perdurable en esta tierra en que se meció mi cuna; si entonces, al pasar mis paisanos junto á mi tumba les

oigo desde ella entonar cantos nuevos, cantos frescos, en una lengua propia formada de la común á los hispanos todos, y que todos ellos se entiendan, entonces se estremerán de alegría mis huesos y mi espíritu dirá: «Yo sembré la semilla de alguna de estas flores de canto que pasan junto á mis restos. ¡Bendita la tierra que me engendró!» (*Nutridos aplausos.*)

EL MOVIMIENTO PAIDOLÓGICO Y PEDAGÓGICO (1)

por M. Eugenio Blum.

(Conclusión.)

II

Vengamos á otro libro, que, por un método completamente diferente, el de la pura dialéctica, sirve bien para despertar á los más dormidos y picar la curiosidad de los indiferentes. En apariencia, M. Elsander nos presenta una especie de novela, donde nos hace la pintura detallada de Novella, la *Nueva Escuela*, imaginada por él. Esta pseudonovela, más verdadera é interesante que muchas Memorias—reputadas sabias y serias, porque son fastidiosas y vulgares—, es una crítica viva, verbosa, paradójica, original, excesiva, siempre sincera y sugestiva, de la escuela actual, donde «el niño no encuentra nada, no inventa nada». Se reconoce que «la escuela debe ofrecer al niño los medios de recorrer rápidamente el camino que ha recorrido la humanidad»; pero se olvida lo principal, es decir, el móvil de los esfuerzos humanos, la razón misma del progreso de la civilización. Se olvida que el hombre ha buscado, ha encontrado, se ha educado, bajo la violencia de la necesidad; que la historia de sus conquistas es la historia de sus sufrimientos... «Nada hacemos sino bajo la presión de la necesidad; y para el niño esa necesidad se suprime.» Es preciso, pues, hacer que nazca en él el deseo del trabajo, por la enunciación clara y constante de su valor y su razón, y «constituir un medio donde se le ofrezcan simultáneamente todos los

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.